

TEMA 4: LA IDENTIDAD Y LA MISIÓN

(Testimonio en la vida cotidiana, laico orionista en el ambiente, en el trabajo, en la vida social, conciencia de estar en misión – ser llamado, ser misionero aquí y ahora)



INTRODUCCION

(...) los fieles seculares pertenecen plenamente al mismo tiempo, al Pueblo de Dios y a la sociedad civil: pertenecen al pueblo en que han nacido, de cuyos tesoros culturales empezaron a participar por la educación, a cuya vida están unidos por variados vínculos sociales, a cuyo progreso cooperan con su esfuerzo en sus profesiones, cuyos problemas sienten ellos como propios y trabajan por solucionar, y pertenecen también a Cristo, porque han sido regenerados en la Iglesia por la fe y por el bautismo, para ser de Cristo por la renovación de la vida y de las obras, para que todo se someta a Dios en Cristo y, por fin, sea Dios todo en todas las cosas.

La obligación principal de éstos, hombres y mujeres, es el testimonio de Cristo, que deben dar con la vida y con la palabra en la familia, en el grupo social y en el ámbito de su profesión. Debe manifestarse en ellos el hombre nuevo creado según Dios en justicia y santidad verdaderas. Han de reflejar esta renovación de la vida en el ambiente de la sociedad y de la cultura patria, según las tradiciones de su nación. Ellos tienen que conocer esta cultura, restaurarla y conservarla, desarrollarla según las nuevas condiciones y, por fin perfeccionarla en Cristo, para que la fe de Cristo y la vida de la Iglesia no sea ya extraña a la sociedad en que viven, sino que empiece a penetrarla y transformarla.

Únanse a sus conciudadanos con verdadera caridad, a fin de que en su trato aparezca el nuevo vínculo de unidad y de solidaridad universal, que fluye del misterio de Cristo. Siembren también la fe de Cristo entre sus compañeros de vida y de trabajo, obligación que urge más, porque muchos hombres no pueden oír hablar del Evangelio ni conocer a Cristo más que por sus vecinos seculares.

(Cfr. AG, p. 21)

PALABRA DE DIOS (act 3, 1-10)

Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada “Hermosa”, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: “Míranos”. Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: “No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda”. Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con

ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta “Hermosa” del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Propuesta – Después de un momento de silencio compartimos algunas reflexiones sobre la Palabra de Dios.

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

La misión de la Iglesia tiene como finalidad la salvación de los hombres, que se logra con la fe en Cristo y con su gracia. Por tanto el apostolado de la Iglesia y de todos sus miembros tiene como primer objetivo manifestar al mundo el mensaje de Cristo con la palabra y con los hechos y comunicar su gracia. Esto se realiza sobre todo con el ministerio de la Palabra y de los sacramentos, confiado de manera especial al clero, en el que también los laicos tienen una parte muy importante que realizar “para ser también ellos cooperadores de la verdad) (3 Jn 8). El apostolado de los laicos y el ministerio pastoral se complementan especialmente mutuamente.

Son muchas las ocasiones que se presentan a los laicos para ejercitar el apostolado de la evangelización y de la santificación. El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas hechas con espíritu sobrenatural son capaces de atraer a los hombres a la fe y a Dios; El Señor dice en efecto: “Brille así vuestra luz ante los hombres , para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16).

Sin embargo semejante apostolado no consiste solamente en el testimonio de la vida; el verdadera apostolado busca las ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra sea a los no creyentes para conducirlos a la fe, como a los fieles para instruirlos, confirmarlos e inducirles a una vida más fervorosa, “ya que el amor de Cristo nos apremia” (2 Cor 5,14) y en el corazón de todos deben resonar las palabras del Apóstol: Ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1 Cor 9,16) (11).

Como en nuestro tiempo surgen nuevas preguntas y se difunden errores gravísimos que tratan de derribar los fundamentos de la religión, el orden moral y la misma sociedad humana, este sagrado Concilio exhorta vivamente a todos los laicos, para que según la medida de sus talentos y de su formación doctrinal, y siguiendo el pensamiento de la Iglesia, cumplan con diligencia aún mayor la parte que les corresponde concentrando, defendiendo y aplicando rectamente los principios cristianos a los problemas actuales.

En cuanto al mundo, este es el proyecto de Dios: que los hombres con espíritu concorde, instauren y perfeccionen cada vez más el orden de las realidades temporales.

Todo lo que compone el orden temporal, es decir, los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y así sucesivamente, su evolución y su progreso, no son solo medios con lo que el hombre puede lograr el fin último, sino que tiene un valor propio, puesto en ellos por Dios, ya sea considerados en sí mismos ya sea considerados como partes de todo el orden temporal: « Y Dios vio todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gen. 1,31). Esta su bondad natural recibe una especial dignidad por la relación que tienen con la persona humana al servicio de la cual han sido creadas. Finalmente plugo a Dios recapitular en Cristo todas las cosas naturales y sobrenaturales, “ para que tenga el

primado sobre todas las cosas” (Col 1,18). Este destino, sin embargo, no solo no priva al orden de las realidades temporales de su autonomía, de sus propios fines, de sus propias leyes, de sus propios medios, de su importancia para el bien del hombre, sino más bien perfecciona la fuerza y el valor y al mismo tiempo lo adecua a la vocación total del hombre sobre la tierra (Cfr. AA, p. 6n.).

En las tierras ya cristianas los laicos cooperan en la obra de la evangelización desarrollando en sí mismos y en los otros la conciencia y el amor por las misiones, suscitando vocaciones en la propia familia, en las asociaciones católicas, y en las escuelas, ofreciendo todo tipo de ayudas, para que el don de la fe, que han recibido gratuitamente, pueda ser comunicado también a los demás.

En las tierras de misión, en vez, los laicos, ya sea forasteros que autóctonos, tienen que enseñar en las escuelas, llevar la gestión de los asuntos temporales, colaborar en la actividad parroquial y diocesana, establecer y promover el apostolado laical en las varias formas, para que los fieles de la jóvenes Iglesias puedan desarrollar cuanto antes la propia parte en la vida de la Iglesia. (171).

Los laicos, por fin, presten de buen grado su cooperación económico - social a los pueblos en vías de desarrollo; cooperación que es tanto más de alabar, cuanto más se relacione con la creación de aquellas instituciones que atañen a las estructuras fundamentales de la vida social, y se ordenan a la formación de quienes tienen la responsabilidad de la nación.

Son signos de elogio especial los seculares que, con sus investigaciones históricas o científicas - religiosas promueven el conocimiento de los pueblos y de las religiones en las universidades o institutos científicos, ayudando así a los heraldos del Evangelio y preparando el diálogo con los no cristianos.

Colaboren fraternalmente con otros cristianos, y con los no cristianos, sobre todo con los miembros de asociaciones internacionales, teniendo siempre presente que "la edificación de la ciudad terrena se funda en el Señor y a Él se dirige".

Para cumplir todos estos cometidos, los laicos necesitan preparación técnica y espiritual, que debe darse en institutos destinados a este fin, para que su vida sea testimonio de Jesucristo entre los no cristianos según la frase del Apóstol: "No seáis objeto de escándalo ni para Judíos, ni para Gentiles, ni para la Iglesia de Dios, lo mismo que yo procuro agradar a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de todos para que se salven" (1Cor., 10,32-33). (Cfr. AG, p. 41).

de las Cartas de Don Orione

Los tiempos corren velozmente y han cambiado mucho, y nosotros, en todo lo que se refiere a la doctrina, a la vida cristiana y de la Iglesia, debemos estar a la cabeza de los tiempos, y no a la cola, y no nos tenemos que hacer arrastrar. Para poder tirar y llevar los pueblos y la juventud a la Iglesia y a Cristo hay que caminar a la cabeza. De esta manera quitaremos el abismo que se va haciendo entre el pueblo y Dios, entre el pueblo y la Iglesia. (Lettere di Don Orione, del 5 agosto 1920).

Y este amor no puede ser otro que Cristo. Solamente Cristo resolverá el gran problema arrojando una luz grande y alta sobre los hombres, una luz que muestre qué poco valen los bienes de la tierra en comparación con el oro de la sabiduría evangélica y del amor fraterno. Y lo resolverá su providencia por medio del Cristianismo con un apostolado de fe, de paz, de caridad. Si se han dado hechos que dan miedo, más que el dominio de un tirano,

es todavía peor que un mañana las masas populares se vean privadas de Dios. ¿Cómo se puede pensar que un día la humanidad pudiera vivir sin Dios? Se puede vivir sin padre y sin madre, pero sin la luz de Dios no, dijo Tostoj; los pueblos van a la barbarie, a la anarquía.

La palabra de Pablo pareció locura a los Griegos y sonó como escándalo a los Judíos y era la Palabra de Dios, palabra de mansedumbre, de castidad, de caridad. Era una doctrina superior: la fe en un Dios Padre, Padre de todos los hombres omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles.

Era la fe nueva y superior en Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, que se hizo hombre en el seno de María Virgen, murió en la cruz por nosotros y el tercer día resucitó. Era la palabra de Pablo, el Evangelio de Cristo y de la Santa Iglesia de Dios, Iglesia única y universal que predica la resurrección de la carne, el perdón de los pecados, la comunión de los santos, la vida eterna (Don Orione, Nel nome della Divina Provvidenza, p. 49ss.).

RESUMEN

Propósitos del diálogo según las preguntas de abajo:

1. ¿Cómo doy testimonio con mi pertenencia al MLO?
2. ¿Qué significa para mí ser misionero aquí y ahora?
3. Establecer un compromiso compartido con todos los participantes para llevar a cabo según el tema del encuentro.

ORACION DE CONCLUSION – rezamos con las palabras de Don Orione

En el mundo, saber ver y amar sólo

Las almas de nuestros hermanos.

Almas de pequeños,

almas de pobres,

almas de pecadores,

almas de justos, almas de extraviados,

almas de penitentes,

almas rebeldes a la voluntad de Dios,

almas rebeldes a la Santa Iglesia de Dios,

almas de hijos degenerados,

almas de sacerdotes viles y pérfidos,

almas sometidas al dolor,

almas blancas como palomas,

almas simples, puras angélicas de vírgenes,

almas caídas en las tinieblas de los sentidos

y en la baja bestialidad de la carne,

almas orgullosas del mal,

almas ávidas de poder y de oro,

almas llenas de sí mismas,

que sólo se ven a sí mismas,

almas perdidas que buscan un camino,

almas dolientes que buscan un refugio

o una palabra de piedad,

almas que gritan en la desesperación de la condena,

o almas extraviadas por la embriaguez de la verdad vivida:

todas son amadas por Cristo,

por todas Cristo ha muerto,

a todas Cristo quiere salvar entre Sus brazos

y en su corazón.

(Don Orione, *Nel nome della Divina Provvidenza*, p. 134ss.)